



La tentación de los atajos en la misión de la Iglesia hoy

por José Luis Suárez

A lo largo de la serie de artículos anteriores sobre el tema «Renunciar y disfrutar», varias veces hice referencia al relato de la tentación de Jesús en el desierto; pero como en ninguno de ellos traté con la profundidad que requiere este relato, deseo compartir en dos artículos una reflexión sobre ello y lo que podría significar su mensaje para nosotros hoy.

I. El relato de la tentación en el contexto del ministerio de Jesús

En el relato de la tentación, que nos narra Mateo 4,1-11, encontramos a Jesús solo en el desierto. Estaba listo para empezar su ministerio. Pocos días antes había recibido la unción del Espíritu Santo y después, cuando llegó a Nazaret, donde había sido criado, fue a la sinagoga y anunció el propósito de su misión en el mundo. Una definición sencilla extraída del profeta Isaías que dice: «El Espíritu del Señor está sobre mí. Porque me ha ungió para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos. Y la recuperación de la vista a los ciegos. Para poner en libertad a los oprimidos. Para

proclamar el año favorable del Señor».

Se trata de una misión dirigida muy especialmente hacia aquellos segmentos de la sociedad olvidados: los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos y, aunque considero que la lista no es exhaustiva, sí es significativa. Hoy quizá podríamos añadir las minorías étnicas, los refugiados, los exiliados, los emigrantes...

El evangelio de Marcos sitúa la llamada de Jesús a sus primeros discípulos nada más terminar el encuentro con el tentador y Mateo nos relata el Sermón del Monte en el capítulo siguiente a la tentación. A mi entender, situar este relato dentro de su contexto, nos da algunas pistas para entender el significado de esa tentación. Creo profundamente que lo que está en juego durante la tentación es la percepción que Jesús tenía de su obra y de como debía realizarse. Definir su misión y establecer las prioridades de la misma es la enseñanza de este relato.

Debemos notar que la tentación del diablo no acabó con este relato, ya que al final se nos dice que «el diablo

se alejó de él esperando un tiempo oportuno».

Jesús, en su bautismo, había oído la voz del Padre y ahora, en la tentación, se trataba de saber cómo llevaría a cabo su misión. El diablo intenta persuadirlo para que elija otro camino para realizar su misión. Jesús se enfrenta a un combate de tres asaltos. Lo que está en juego es la naturaleza de Mesías que Jesús quería ser. El diablo intenta alejar a Jesús de la misión que el Padre le había encomendado y persuadirlo para que abuse de su poder para fines no contemplados en su misión.

Los planes de Dios muy a menudo tienen su origen en el desierto, en la soledad. Recordemos a Moisés en Éxodo 34 y Elías en 1 Reyes 19.

II. Posibilidades que el diablo ofrece a Jesús para realizar su misión

1. El atajo materialista: «Di que estas piedras se conviertan en pan».

Éste es el primer gran engaño que se propone a la misión salvadora de Jesús: «Libera al pueblo, a los individuos, de la opresión económica en la que están atrapados».

La paradoja de esta tentación es que varias veces, en su ministerio, Jesús hizo precisamente esto: dio de comer a los hambrientos en un acto milagroso. No había nada malo en aquel acto de transformar las piedras en pan, era un acto de misericordia. Pero, en aquellos precisos instantes, ése acto no era el objetivo de la misión de Jesús. Con su respuesta: «No



«Atajo», por Michael Elmgreen e Ingar Dragset, Museum of Contemporary Art, Chicago. Foto: karbon69 en flickr.com

También en este número:

Sobre la obra del Espíritu y la disciplina en la iglesia	3
Fe cuando ruge la mar	5
Diccionario: «Unción»	8

sólo de pan vivirá el hombre», indica que el camino de la salvación no puede depender de actos de beneficencia social, sino de la identificación con el Reino de Dios, que no es comida ni bebida. Equiparar el reino de Dios con la prosperidad material es definir al ser humano únicamente en términos de materia. Jesús mismo recordó más tarde que hay un hambre que la materia no puede satisfacer: «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed» (Juan 6:35).

Son muchas las personas que entienden la misión de la iglesia en términos de liberación económica. Es verdad que la irrupción del Reino de Dios en la vida de un pueblo, o de un individuo, mejora la situación social, y también es cierto que debe haber en la misión de la iglesia una denuncia hacia aquellos que oprimen a los más débiles. Pero este atajo no estaba en la agenda de Jesús. Identificarse con los más débiles fue la misión de Jesús.

La importancia de los pobres, en el sentido amplio de la palabra, fue clave en la misión de Jesús; pero ofrecer bienestar material, sin cambios radicales en la vida, sin sacar a la gente de la miseria, del pecado personal y estructural, parece según este relato y otros muchos textos del evangelio que no era éste el objetivo de Jesús. Los cambios en la perspectiva de la misión de Jesús abarcan la totalidad de la vida y no sólo lo económico.

2. El atajo político. La sociedad del bienestar: «Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, si me adoras».

Éste es el atajo del uso de medios políticos para lograr los propósitos de Dios. El cambiar vidas una por una es un camino muy largo y costoso. Así, es mucho más fácil crear estructuras de poder para decidir por la gente y darles todo aquello que necesitan para su bienestar; esto es lo que es lo que hoy llamamos «la sociedad del bienestar». Ahora bien, no hay nada malo en luchar y trabajar por esta sociedad de bienestar, sobre todo cuando estos cambios pueden llegar a los que siempre pierden, a los más desfavorecidos.

Lo terrenal no lo es todo en la vida, es solo aquello que vemos y la

vida es mucho más que todo lo que vemos. Jesús dijo: «Mi Reino no es de este mundo, si lo fuera, tendría gente a mi servicio que pelearían por mí para ello, pero mi Reino no es de aquí».

El foco de la misión sigue siendo el corazón humano, a quien Dios ama. Con esto no se niega el concepto de grupo, tribu, familia y aún naciones; pero el evangelio se dirige a la persona. Tampoco se está negando que el evangelio no tiene dimensiones comunitarias, ni tampoco niega la lucha contra todo tipo de opresión donde quiera que se encuentre. Trabajar para cambiar estructuras allí donde se puede y hacerlo desde una voz de denuncia política, no debe confundirse con el cambio de la persona. Jesús reafirmó sus prioridades cuando rechazó la oferta del poder político que le hizo el diablo, por muy bueno que fuera este atajo, no fue el camino por el que optó Jesús.

3. El atajo carismático. Las promesas de protección divina.

El diablo le recuerda a Jesús en esta tentación, las promesas de protección divina. Así, le desafía a lanzarse desde el pináculo del templo a fin de demostrar su poder sobre la naturaleza y sobre el mundo y poder mostrar que Él es el Mesías enviado por Dios.

Jerusalén, la ciudad Santa, el templo, lugar por excelencia, para ejercer esta manifestación del poder divino: «Todo Jerusalén verá y reconocerá que Tú eres el Mesías, deslumbra mediante milagros y actos espectaculares los seres humanos». Jesús rechazó el atajo carismático categóricamente. No dio a entender que los milagros sean malos, porque los hizo, y muchos, pero no los llevó a cabo cuando los judíos vinieron a él en busca de una señal, un milagro, para demostrar su autoridad divina, Jesús se niega a darla. La única señal sería su muerte y resurrección.

A Moisés se le negó la entrada a la tierra prometida porque trató de usar un milagro para autenticar su propia autoridad. Golpeó la roca e hizo brotar agua, no para apagar la sed de los israelitas, sino para exhibir su propio carisma y apoyar su reputación como líder de Israel.

Los milagros son una bendición y es bueno alegrarnos de ellos y dar gracias, pero el peligro está cuando se convierten en un fin en sí mismo; los milagros jamás deben ocupar el lugar del cambio personal y del camino de la cruz del creyente. Los milagros carismáticos no fueron el lugar donde Jesús quiso poner sus prioridades. El camino del sensacionalismo no cambia los seres humanos.

Propuestas para seguir profundizando en el tema.

1. Si el relato de la tentación de Jesús en el desierto, además de un hecho histórico lo tomamos como una metáfora: ¿Qué podría significar el desierto, cada tentación y las respuestas de Jesús?

2. Reflexiona sobre la siguiente historia, comparándola con la tentación de los atajos.

Un joven se acerca a un célebre maestro de artes marciales y le pide ser su discípulo.

—Si trabajo con tesón, ¿cuántos años tardaré en convertirme en maestro? —pregunta.

—Diez años —contesta el maestro.

—Y si trabajo aún más duro, ¿cuánto tiempo me llevará?

—Treinta años.

—Pero yo estoy dispuesto a pasar por lo que sea con tal de dominar este arte en el periodo más corto posible.

—En este caso, setenta años —respondió el maestro.

3. «¡Qué pobres son los que no tienen paciencia!» (Shakespeare).

Archivo histórico: Carta de 1545 de Pilgram Marpeck Sobre la obra interior y exterior del Espíritu y su importancia para la disciplina de la iglesia



Amadados hermanos y hermanas en el Señor Jesucristo:

Los mensajeros que nos mandasteis llegaron por la gracia de Dios. [...] Nuestra mente deseaba con sinceridad saber cómo la fe de Jesucristo, su conocimiento y confesión, progresan entre vosotros; porque la vida eterna consiste tan sólo en el conocimiento de la verdad de Cristo. Como dice el Señor Jesucristo, el verdadero Hijo del Hombre: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Padre, Dios verdadero, y a Jesucristo que tú enviaste».

La salvación y vida eterna consiste en el conocimiento de Dios el Padre y de su Cristo; esto es así por todos los siglos. Oír que tenemos una misma mente en la verdad de Cristo y del Padre da mucho gozo. ¿Y qué gozo mayor podemos experimentar, que el de confesarnos unos a otros que sabemos que Cristo Jesús está en el Padre y que Dios el Padre está en Cristo y que esto es así por todos los siglos? Además, sabemos y reconocemos que la morada de Dios el Padre y de su Cristo está edificada en nuestros corazones. Ahora, en este tiempo presente, se han procurado donde vivir; y viven en nosotros. De hecho, también conocemos y reconocemos el fruto de la obra del Hijo, que el Padre

opera en el Hijo y el Hijo en nosotros, gracias a la cual permanecemos en su Palabra. El fruto es un amor perfecto. Por el mismo, reconocemos que el Padre y el Hijo han hecho su morada en nosotros y viven en nosotros.

Estos son los que aman al Padre y al Hijo y guardan las palabras en unidad. Pero los que no le aman no guardan sus palabras. Además, hemos de reconocer que nos amamos unos a otros así como él nos amó; por consiguiente, él nos ve como discípulos verdaderos. Todo aquel que tiene este mandamiento y lo guarda, le ama. El tal será amado también por el Padre. Cristo también le amará y se le manifestará. La manifestación verdadera de Cristo Jesús es sentir y reconocer que la voluntad, obra y aspiración del Padre se haga carne en nosotros por medio de Cristo. Así Dios el Padre habita en Cristo, Cristo habita con Dios el Padre en nosotros, y nosotros habitamos en Cristo con Dios. Este lugar, esta morada, nos fue preparada primero por Cristo. Antes de la ascensión de Cristo, no había tal lugar y morada preparada para nadie. Pero esta morada significa que ahora tenemos la presencia de Dios el Padre y del Hijo en nosotros, por la cual guardamos su Palabra y sus mandamientos, que no nos son gravosos sino ligeros.

Pilgram Marpeck fue uno de los pensadores anabaptistas más notables del siglo XVI; sin duda el más destacado teólogo entre los líderes anabaptistas alemanes de la primera generación. Después de Menno, es de quien más escritos se conservan. Fue un ingeniero hidráulico cuyo trabajo era tan altamente valorado que aunque todo el mundo sabía que era anabaptista, nunca le echaron el guante. Las autoridades preferían mirar para otro lado, mientras lo contrataban para ejecutar las obras de infraestructura que le encomendaban.

Marpeck vivió en el medioevo tardío, un mundo muy diferente del nuestro. Pero a pesar de ello, sus escritos siguen inspirando a muchos hoy por la claridad de sus razonamientos eminentemente bíblicos, y un espíritu pacífico y benigno que rehuía de extremismos. En los siguientes extractos tomados de una carta de 1545, Marpeck hila fino entre la necesaria obra interior del Espíritu y su igualmente necesaria manifestación exterior en buenas obras y santidad. También hila fino en cuanto a la necesaria disciplina exterior de la iglesia que, según él, jamás debe ir descompasada de la disciplina interior del Espíritu.

Esta carta se ha traducido aquí de la traducción al inglés en Cornelius J. Dyck, *Spiritual Life in Anabaptism* (Scottsdale & Waterloo: Herald Press, 1995), pp. 81-84. (D.B.)

Cooperando con el Espíritu Santo, esta iglesia interior del espíritu también realiza obras exteriores, para ser una luz ante el mundo. Así el cuerpo de Cristo se edifica interiormente por el Espíritu Santo, y exteriormente por el testimonio conjunto de las buenas obras.

Por consiguiente, también moramos nosotros en Dios, en Dios el Padre y en Cristo, en esa Jerusalén que está en lo alto aunque también aquí abajo en la tierra. El único lugar de adoración está en lo alto. Allí los verdaderos adoradores adoran en espíritu y en verdad y en la comunión de los santos. La vida eterna consiste en un conocimiento así de verdadero y semejante. Para conseguirla, tenemos que aprender a conocer de verdad a Dios el Padre y a Cristo, que fue enviado por Dios. [...]

Puesto que Jesucristo en el Espíritu construye la Jerusalén que está en lo alto, el corazón es el templo único e interior. En esta Jerusalén se encuentra el lugar de adoración, a saber, en Espíritu y en verdad. Los corazones de los creyentes son el coro y santuario interior, adonde nadie puede penetrar salvo nuestro sumo sacerdote; tan sólo a él ha dedicado el coro y santuario Dios el Padre, quien es capaz de escudriñar el corazón, los pensamientos y el alma. Sólo el sumo sacerdote, Cristo, conoce este coro y santuario; allí él ruega al Padre por nuestros pecados. Tan sólo este sumo sacerdote, Cristo Jesús, puede discernir cómo ha sido pastoreado y formado este coro y santuario. Esta iglesia sólo puede verse por el Espíritu y es tan sólo en el Espíritu, mediante Cristo el sumo sacerdote, que hay perdón y remisión de pecados. Esta es la iglesia interior de Cristo.

La vida eterna significa que ahora tenemos que saber claramente si Cristo mora o no en nosotros. Además, por medio de Cristo, sólo Dios sabe

en qué estado se halla nuestro corazón, si es recto delante de Dios o no. Esta iglesia interior sólo se manifestará con la llegada del Señor Jesucristo, cuando él transfigurará y pondrá de manifiesto los corazones con él. Sin embargo cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste en la gloria que ya le era propia anteriormente, entonces nosotros también seremos manifestados juntamente con él. [...]

Cooperando con el Espíritu Santo, esta iglesia interior del espíritu también realiza obras exteriores, para ser una luz ante el mundo. Testifica interiormente entre Dios y nosotros pero también se forja exteriormente y testifica en el amor al prójimo. Conforme a la medida de la operación interior del Espíritu Santo, conduce al perdón



exterior del pecado y a nuestra mejora exterior, instrucción, bautismo y la Cena del Señor, manifestando amor a todos. Así el Espíritu, la mente y la voluntad del Padre se manifiestan en el hombre exterior, Jesucristo; y se manifiestan corporalmente, de palabra y de hecho, en la misma forma y por la obra interior de Dios el Padre [Juan 5,19]. [...]

Lo que hace el Padre, en cuanto que Espíritu y Dios, el Hijo hace también de inmediato lo mismo; pero lo hace como persona exterior que realiza obras exteriores. El Padre ama al Hijo y ha entregado en sus manos todas las cosas. Los que han nacido de nuevo en Cristo conforme a la obra interior del Espíritu Santo, son los que están bautizados a fuego, que arden con su amor. Además, estos hijos

nacidos del Espíritu, ven lo que el Padre, operando a través de Cristo, hace para la persona interior; ellos también, al testificar conjuntamente por el Espíritu Santo, proceden de inmediato a hacer lo mismo para la persona exterior. Así el cuerpo de Cristo se edifica interiormente por el Espíritu Santo, y exteriormente por el testimonio conjunto de las obras. Su iglesia o comunión es su esposa, internamente en Espíritu y verdad, externamente mediante alabanzas a Dios y constituyéndose en luz ante el mundo. Pero esta iglesia se encuentra separada del mundo, puesto que es un testimonio al mundo. Asimismo, el evangelio ha de predicarse en dicho y hecho, antes de la venida del Hijo del Hombre. [...]

El Espíritu Santo castiga el pecado que se ha cometido; y antes de que sus santos puedan ejecutar ningún castigo exterior, él solo ya castiga primero. Sin embargo, si el Espíritu Santo revela este pecado, entonces la iglesia de Cristo castiga primeramente mediante el testimonio conjunto del Espíritu Santo (lo cual significa que es él quien revela el pecado). Así entonces, los santos testifican conjuntamente que los pecados no serán tolerados en el cuerpo de Cristo, y separan estos pecados del cuerpo de Cristo. Dondequiera que el Espíritu Santo castiga interiormente en secreto, de gracia en gracia, con la consolación del perdón, ninguna criatura, ni del cielo ni de la tierra, está autorizada a castigar —lo cual algunos hacen por un celo equivocado. Presumen de juzgar los corazones, pretendiendo manifestarlos antes de su momento oportuno.

Como dice el salmista: «Bienaventurado es aquel cuyo pecado ha sido

Os escribo esta carta, amados míos, para que en ningún caso corramos por delante del Espíritu Santo; sea con expulsiones de la comunidad, sea con mandamientos o prohibiciones, sea con órdenes o costumbres tradicionales.

perdonado, en cuyo espíritu no hay engaño». Todo aquel que no confiesa su pecado ante Dios (que sabe y ve todas las cosas), el Espíritu Santo lo castiga sacando a la luz su pecado. Si entonces se niega a reconocerlo o confesarlo ni a Dios ni a su pueblo, el pecado acaba siendo sabido abiertamente y visto por todos; y si todavía entonces se niega a pesar de la amonestación y el castigo a confesar su transgresión, entonces es que pertenece al mundo y el Espíritu Santo lo castigará por el pecado de su incredulidad. Pero si al contrario, el castigo del Espíritu Santo produce gracia, entonces la esperanza que han recibido los pecadores permanece juntamente con su remordimiento por el pecado (porque frecuentemente tarda bastante en hacerse eficaz el perdón del Espíritu Santo), y el que ha errado recibe ahora la bendición junto con la consolación interior. [...]

Os escribo esta carta, amados míos, para que en ningún caso corramos por delante del Espíritu Santo; sea con expulsiones de la comunidad, sea con mandamientos o prohibiciones, sea con órdenes o costumbres tradicionales. El caso es que son muchos los legalistas y expulsadores hoy en día, que se llevan cautiva la conciencia y hacen arder las mejillas. También son muchos los engañadores que aborrecen enteramente y procuran hacer cesar la amonestación, la oración, la expulsión, la enseñanza de castigo, el bautismo y la Cena del Señor, y el perdón de los pecados en el seno de la comunidad de los santos. Por tanto, amados míos, no permitamos en ningún caso que la gracia que hemos recibido nos sea quitada o robada. Antes bien, aferrémonos a nuestra esperanza firme en Cristo, lo cual deseo desde el corazón y os pido por vosotros y por mí y por todos los elegidos de Dios en Cristo. Amén. [...]

En el Señor Jesucristo, vuestro siervo y compañero en las tribulaciones de Cristo [...],

Pilgram Marpeck

Fe cuando ruge la mar

por Dionisio Byler

En **Job 38,1-11**, Dios presume ante Job de su capacidad de decirle al mar: «Hasta aquí, y de aquí no pasas. Aquí pongo yo la costa y se acabó tu dominio».

En el **Salmo 107,23-32**, se cuenta el testimonio de unos marineros, que en medio de una tormenta terrorífica clamaron a Dios y la tormenta se sosegó. No naufragaron y ahora están de peregrinación en Jerusalén alabando el poder del Dios de Israel, que les salvó la vida.

En **Marcos 4,35-41**, Jesús también tiene poder sobre las olas y sobre las tormentas marinas. Ninguno de nosotros lo duda, porque nos conocemos esa historia. Los discípulos, sin embargo, no sabían lo que iba a pasar y reaccionaron con miedo ante la furia de la tempestad y las olas que hacían zozobrar su barca. Sin embargo, curiosamente, al acabar el relato Marcos cuenta que los discípulos seguían asustados. Ahora no tienen miedo de las olas ni del viento sino que tienen miedo de Jesús.

¿Qué conclusiones podemos sacar al meditar estas cosas?

Primero: Soy un firme creedor en el poder de Dios sobre el mar y las

tormentas y sobre todas las fuerzas del universo. Creo en Dios el Creador, que nunca dejó de tener poder y autoridad sobre todo lo que creó.

Pero hay más: Me aventuro incluso a afirmar sin la más mínima sombra de duda, que nuestro Dios a quien adoramos, tiene poder no sólo sobre el universo material sino que también sobre el mundo espiritual. Declaro creer que Dios controla no sólo los mares sino también la maldad que habita en los corazones humanos y en la sociedad humana. Afirmo esto por la fe, a pesar de que hay muchas evidencias de lo contrario: Cosas que pasan, que al que no tiene fe, lo tienen que convencer de que el mal en el corazón humano es incontrolable. Ahí tenemos los atentados interminables de ETA o el goteo constante de asesinatos machistas. Y sin embargo, aunque parezca una locura, yo afirmo sin la más mínima sombra de duda, que Dios tiene poder no sólo sobre las tormentas del mar sino también sobre las tormentas del corazón humano.

No tengo ninguna evidencia, ningún argumento que presentar para que mi creencia en el poder de Dios parezca razonable. Si pudiera sostenerlo con argumentos ya no sería fe —ya no necesitaría fe para poder opinar que



El ateo más descreído del mundo también está convencido de que las cosas se caen hacia abajo. No, la fe es saber en tu fuero interior algo, sobre lo que es imposible que tengas seguridad aparte de que Dios mismo te haya dado esa seguridad.

Dios tiene ese poder. Estoy seguro, por ejemplo, de que si dejo caer algo de mi mano, caerá hacia abajo. Eso no me exige nada de fe; sólo exige que no sea tonto. El ateo más descreído del mundo también está convencido de que las cosas se caen hacia abajo. No, la fe es saber en tu fuero interior algo, sobre lo que es imposible que tengas seguridad aparte de que Dios mismo te haya dado esa seguridad. Pero cuando Dios ha plantado esa seguridad en tu corazón, ya nadie ni nada te puede hacer cambiar de opinión. Eso es tener fe.

Entonces el tema suscitado por estas lecturas de la Biblia no es que si **Dios tiene poder** —que por supuesto que lo tiene— sino que si **nosotros** vamos a tener **fe**.

Esto es importante para mí, porque tengo que confesar que mi primera impresión ante estas lecturas fue de cinismo y no de alabanza.

Me parece muy bien que los marineros del Salmo 107 hayan peregrinado a Jerusalén a declarar con fe y devoción que Dios oyó su clamor, calmó la tormenta y los dejó llegar vivos a la costa. Pero... ¿y todos los barcos que han naufragado y se han ido al fondo del mar? ¿Acaso esa gente no se acordó de Dios en el terror de la tormenta, ante el batir de olas tan altas como torres? Sí, claro, se calmaron esa tormenta y la de cuando naufragaba Jesús. ¡Dos! ¡Dos tormentas que no se cargaron a nadie! ¿Y las demás, qué? ¡Dios mío, cuánta gente ha naufragado y muerto en la mar! Sin ir más lejos... ¿Quién sabe la cifra de los que pierden la vida

tratando de venirse a España en pateras? Son cientos, tal vez miles de personas que pierden la vida todos los años en esa travesía. ¿Es que ninguno de ellos clamó a Dios, entonces? Pero la mar se tragó sus vidas y no parece que Dios hiciera nada para impedirlo, para tranquilizar las aguas y calmar los vientos y ayudarles a llegar a las playas de Andalucía o Canarias.

Dios se jacta ante Job de haber puesto cerco al mar; de haber dicho: «Hasta aquí, y de aquí no pasas; porque aquí —lo que es aquí— me ha salido de las narices que haya tierra firme». Bien. Vale. ¿Pero y el Tsunami del otro año? Ese día el mar no respetó la costa, se saltó el cerco que le había trazado Dios, entró tierra adentro, muchos cientos de metros en algunos lugares; se llevó por delante playas y árboles, casas, escuelas, hospitales y barrios enteros, se cobró miles y miles y miles de vidas humanas. El mar se agazapó, luego se alzó y se lanzó rugiente y despiadado sobre la tierra firme y se lo tragó todo.

Y dicen que si con el cambio climático se derrite el hielo de los polos, el mar subirá y las costas cambiarán dramáticamente. Algunas de las ciudades más populosas del planeta quedarán anegadas bajo las aguas del mar, como lo de Nueva Orleans hace unos años, pero ahora en plan permanente. Entonces... ¿de qué se jacta Dios ante Job? Las costas al final va a ser que no son fijas y permanentes. Al final va a ser que los mares no respetan —no permanentemente— los límites de la frontera que les había trazado Dios con tanta claridad.

Esto me trae al miedo de los discípulos. No el miedo a la tormenta. Ese miedo era natural. Jesús les preguntó por qué estaban asustados, por qué no tenían fe. Pero a mí me sigue pareciendo perfectamente natural estar asustado en una barca que zozobra. Que «¿Dónde está vuestra fe?» Pues en el mismo lugar donde la fe de los que iban en el Titanic. ¡Anda que si no hubo clamar a Dios en el Titanic! ¡Claro que los discípulos tenían miedo de la tormenta y del mar y de las olas! No, el miedo de los discípulos frente a la tormenta no me llama la atención. Lo que me llama la aten-

ción es que cuando se calmó el viento y las olas se sosegaron, los discípulos seguían con miedo. Ahora tenían miedo de Jesús.

Dios tiene poder sobre la tormenta. Normal. Sólo faltaba eso, que no Dios no tuviera ese poder. Lo que no es normal es que ese poder lo tenga uno de tus amigos que navegan contigo. Lo que no es normal es que un ser humano hable a la tormenta como quien habla a un niño revoltoso y le diga que ya está bien, que se quede quieto de una vez... y que la tormenta le obedezca. Como algo así se salta absolutamente de todo lo que mi experiencia personal me dice que es posible o imaginable, yo hubiera reaccionado igual que los discípulos. Primero, cuando Jesús hablaba, hubiera pensado para mis adentros, «¿Y éste quién se cree que es?». Pero después, viendo que en efecto la tormenta y las olas le obedecían, mi inquietud hubiera sido la misma que la de los discípulos: «¿Quién es éste, entonces, que hasta el viento y el mar le obedecen?»

Tener a tu lado a alguien con esa clase de autoridad, con esa clase de poder, impone respeto. En una de las novelitas piadosas sobre la infancia de Jesús que se escribieron en los primeros siglos después de Cristo, hay una escena donde el niño Jesús está jugando con sus amigos, que se ríen de él, no me acuerdo por qué motivo. Jesús da una palmada y los transforma en estatuas de barro. Llega San José y ve a Jesús jugando solo, rodeado de estatuas de barro. Le da una buena regañina y le manda volver a convertirlos en niños. Jesús obedece y los amiguitos a partir de entonces ya no se ríen de él. La historia es falsa y obviamente ridícula, pero lo interesante es que alguien la escribió y otros la leían y copiaban y la conservaron porque les pareció verosímil. ¿Cómo pudo parecerles verosímil? Porque un Jesús que es humano, pero que a la vez es tan poderoso como para calmar la tormenta, impone respeto, mete miedo. Si puede calmar la tormenta, seguramente podrá hacer cualquier cosa que se le ocurra; y entonces habrá que andarse con mucho cuidado para no ofenderlo. Con un poder tan desmesurado se puede hacer mucho



bien, pero también se puede provocar mucho mal.

Hechas estas reflexiones o confesiones personales, quiero volver al tema fundamental planteado por Jesús a sus discípulos, así como el testimonio de Pablo en 2 Corintios 6. La fe. La fe significa, entre otras muchas cosas, confiar en la bondad de Dios, en su pacto de fidelidad para con los que le encomiendan sus vidas.

Ya habíamos observado que la fe sólo es fe cuando es una seguridad interior que no se basa en ninguna evidencia exterior; porque desde el momento que se basara en hechos constatados y previsiones lógicas, ya no sería fe. Sería el desarrollo de la lógica, sería la capacidad de saber lo que es previsible que pase por la propia naturaleza de las cosas. No, la fe no es saber lo que es naturalmente previsible, sino la seguridad interior sobre aquello que no tiene explicación natural.

Pero mi segundo punto es que la fe nos provoca una inexplicable confianza, gratitud, y alegría ante Dios, el pleno convencimiento de la bondad y el amor de Dios. La fe no es optimismo. No es ver el vaso medio lleno en lugar de verlo medio vacío. La fe es que el vaso esté vacío del todo y sin embargo sonríes porque estás convencido de que Dios te ama. Y sabiendo que Dios te ama, sabes que el vaso se podrá llenar en cualquier momento o que no: que puedes pasar sed —hasta morir de sed— pero que nada, absolutamente nada en esta vida ni

Pero si Dios ha plantado en nuestros corazones la semilla de la fe, todo esto carece de importancia. Los que hemos recibido el don divino de la fe, vivimos con la certeza de que a nosotros, por lo menos, nos sería imposible vivir si no fuera porque Dios nos ama y nosotros también le amamos.

más allá de la muerte, puede quitarte el que te sabes amado por Dios.

La fe es lo que me ayuda a vivir, sonreír y amar a Dios cuando Dios no responde a mi clamor. Hay textos en la Biblia que indican que todo lo que pidamos, Dios nos lo concederá. Jesús sanaba enfermos y prometió a sus discípulos que nosotros también sanaríamos enfermos. De hecho, hay muchos testimonios de curaciones sobrenaturales de la enfermedad; yo mismo soy testigo de algunos casos de curación inexplicable. Sin embargo clamé a Dios por la vida de mi nieto Jack, y Jack murió.

Desde luego Dios tiene poder para acabar de sanar del todo a Luke, el mellizo de Jack —y os podéis figurar que en los corazones de toda la familia ese es nuestro anhelo y nuestra oración. Pero la fe se manifiesta en que aunque eso no sucediera y la vida de Luke tenga discapacidades importantes, todos seguimos convencidos de que Dios nos ama. No tiene lógica. No tiene explicación. Tendríamos que estar amargados y resentidos contra Dios y sin embargo le amamos, lo hemos sentido y seguimos sintiendo muy cerca de nosotros en toda esta experiencia. Aunque la tormenta no cese y la barca se hunda, aunque la mar se salte las fronteras que le marcó el Creador, sin embargo nos ahogaríamos confiando en Dios y opinando que Dios nos ama y que es digno de nuestro amor y de nuestra gratitud.

¿Miedo? Ya lo creo que pasamos miedo. ¿Desconcierto ante un poder

divino que nosotros no dominamos, que escapa a nuestra lógica, que parece favorecer a unos a la vez que arruina a otros? Desde luego que sí. A Dios se lo puede adorar —incluso amar— pero nunca entender. Jamás sabremos explicar por qué a veces sus milagros se manifiestan tan generosos y otras veces Dios parece haberse vuelto sordo a nuestro clamor.

Pero si Dios ha plantado en nuestros corazones la semilla de la fe, todo esto carece de importancia. Los que hemos recibido el don divino de la fe, vivimos con la certeza de que a nosotros, por lo menos, nos sería imposible vivir si no fuera porque Dios nos ama y nosotros también le amamos.

No, el poder de Dios sobre la mar no me impresiona. Me parece natural. Pero sí me impresiona el poder que tiene Dios para hacer que alguien como yo, con todas mis preguntas, miedos, inseguridades y desconfianzas en la vida, sin embargo me fie de él, le encomiende cada día mi vida, y viva seguro de su amor y lleno de gratitud por saberme amado.

A la fe me remito. No tengo argumentos que alegar y sin embargo me siento seguro.

[Adaptado de una predicación dada en Burgos, el 21 de junio de 2009.]

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

Unción — Acto de unguir, con el que en Israel se instituía a reyes y sumo sacerdotes para el ejercicio de su cargo.

El verbo *chrío* (de donde deriva el término *Christos*, en castellano *Cristo*) figura en pocos textos griegos e indica una acción de engrasar, normalmente frotando, como quien engrasa una espada para evitar que se oxide. El sustantivo (*chrisma*, *chrima*) viene a ser una crema o pomada medicinal que se aplica con movimientos de frotación a modo de masaje.

El ritual de engrasar, o sea derramar un perfume a base de aceites sobre la cabeza y el cuerpo, se conocía entre los antiguos hititas (en lo que es hoy Turquía) como parte de la ceremonia de coronación de sus reyes. Éstos ejercían a la vez de sacerdote principal del reino. Bien sea en cuanto rey o como sumo sacerdote, parece ser que se creía que el acto de engrasamiento —o sea unción— otorgaba al rey hitita poderes sobrenaturales que le capacitaban para ejercer el cargo.

En la región al sur de los hititas, los cananeos —entre ellos los jebuseos que habitaban en Jerusalén— adoptaron la costumbre de engrasar o unguir a sus reyes como parte de la ceremonia de coronación.

En el Antiguo Testamento. Llegamos así a los israelitas, sucesores de los cananeos, que también emplearon ese rito. El verbo hebreo es *machaj* (de donde viene *Machíaj*, en castellano *Mesías*). Sin embargo en Israel el sumo sacerdote y el rey eran personas diferentes, de linajes diferentes. Ambos, entonces, el rey y el sumo sacerdote, eran ungidos en Israel al acceder al cargo. Se entendía que en el acto de engrasamiento o unción, el Señor les confería los poderes y las potestades necesarias para el ejercicio de su cargo. Aunque todos los reyes de Jerusalén pasaron por este rito cuando su coronación, en el Antiguo Testamento el rey David es considerado el *Mesías* o *ungido* por excelencia.

En Isaías 61,1, el profeta dice estar ungido por Dios «para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor». Como no hay ningún otro indicio de que los profetas se unguieran al estilo de los reyes y sumo sacerdotes, hay que suponer que Isaías habla aquí en un sentido figurado: se siente expresamente autorizado por Dios para anunciar al pueblo estas medidas de alivio en medio de la opresión e injusticia.

La palabra *Mesías* sigue su propio desarrollo en las profecías, los salmos y especialmente la esperanza popular de los judíos. Está claro que para cuando llega Jesús de Nazaret, había un enorme anhelo de un Mesías o Cristo, un «engrasado» o «ungido», que liberara al pueblo del yugo del opresor romano y trajera un gobierno directo de Dios sobre los judíos: un gobierno de justicia, paz y prosperidad. Aquellos salmos que, a la antigua usanza de los de los cananeos, proclamaban al rey ungido como un hijo de Dios, suscitan entre los judíos mil años más tarde una esperanza en que ese rey que esperan, salvador del pueblo judío oprimido, vivirá para siempre y que su reino será eterno.

En el Nuevo Testamento. Aquí, las esperanzas en un ungido —es decir el Mesías o Cristo— se declaran colmadas en la persona de Jesús de Nazaret.

El Nuevo Testamento no conoce otro *Cristo* que Jesús. No admite que pueda haber otros «ungidos» (otros *cristos*) aparte de Jesucristo.

El verbo *ungir* en 2 Cor. 1,21-22. Aquí podría ser que Pablo estuviera diciendo que su condición de apóstol se debe a haber sido ungido en determinado momento. Sin embargo, como aquí este concepto va en paralelo con el de haber sido sellado y haber recibido el Espíritu Santo, parecería más natural suponer que Pablo se está refiriendo concretamente o a su bautismo o bien a una experiencia interior de «bautismo» o «plenitud» del Espíritu Santo. Experiencias, ambas, comunes a todos los cristianos.

Unción en 1 Juan 2,20.27. Seguramente es ésta una referencia o al bautismo o bien a la labor continua y permanente del Espíritu Santo en la vida de todos los cristianos. El efecto expreso de esa unción es aquí que los cristianos tienen conocimiento de la verdad. Jesús había profetizado acerca del Espíritu Santo: «Pero cuando él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga» (Juan 16,13). En 1 Juan, se entiende que esto en efecto ha sucedido con quienes leen la carta.

La idea de «unción» como un «no sé qué» de espiritualidad intensa en determinadas reuniones o personas, es ajena a la Biblia. Nace y tiene un desarrollo importante en las últimas décadas, entre cristianos de tradición carismática y pentecostal. (D.B.)

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org